

Elogio del Gral. Don Miguel F. Barragán

Primer Gobernador del Estado de Veacruz.

Francisco X. Azcoitia,
Miembro de la Academia Nacional
de Historia.

Corrían para la patria los días hermosos de su emancipación, y aunque ligeras y lejanas nubes se dibujaran ya en el horizonte de su cielo, el porvenir presentábase todavía halagüeño para la joven República que acababa de tomar asiento entre los pueblos cultos de la tierra.

El Estado de Veracruz, siempre llamado a muy altos destinos, había albergado en su seno a uno de nuestros héroes: Don Guadalupe Victoria, quien en el histórico Puente Nacional mantuvo vivo el fuego de la revolución contra las fuerzas realistas españolas, dando así tiempo a que otro glorioso caudillo, don Vicente Guerrero, pusiera término a la guerra de independencia, uniéndose generosamente a un hombre que había, hasta entonces, combatido rudamente los esfuerzos de los mexicanos para ob-

tener su libertad, pero que en esos momentos aparecía ante los ojos del general suriano, como aquel que podía dar cima a la grande obra comenzada por Hidalgo.

Desechada después por la nación una forma de gobierno que nunca ha podido echar raíces en nuestro suelo, habíase constituido en aquella otra que es tan cara para todos los hombres amantes de la libertad, y Victoria asumió el poder ejecutivo de la República.

Pero si el Estado de Veracruz había sido uno de los teatros más gloriosos de la guerra de independencia, también era cierto que en su suelo estaba el último punto ocupado por los españoles: en el famoso Castillo de San Juan de Ulúa continuaba flameando el pabellón extranjero, y cuantos esfuerzos se habían hecho para recobrarlo habían resultado estériles.

La Página de Don Benito Fentanes

Con todo gusto, lector,
te brindo en este dictamen,
una listita de nombres
que son lacras del lenguaje.
No digas **ágape** nunca,
ya que lo propio es **AGAPE**,
ni tampoco digas **cónclave**
en vez de mentar **CONCLAVE**.
Cuando mires muchas olas,
dí siempre que has visto **OLAJE**,
porque **OLEAJE**, aunque lo diga
todo el mundo, es disparate.
Lo mismo debo decirte
del vocablo **CARCAÑALES**,
el cual tiene otra estructura
en legíti^o romance,
como puedes conocerlo
escrito así: **CALCAÑARES**.

Escucharradio lo he sido
aunque no tan extremoso
que juzgue yo deleitoso
cuanto en el radio es oído.
Ayer me sentí aturdido
al escuchar claramente
a un voceador que, inocente,
un **PRIMERISIMO** usó
sin duda porque creyó
que hablaba correctamente;
mas no, porque el adjetivo,
según ley gramatical,
admite superlativo
cuando es calificativo,
mas no cuando es numeral.

Estaríamos lucidísimos
si emulando al voceador
dijéramos **SEGUNDISIMOS**,
TERCERISIMOS, **CUARTISIMOS**
y otros **ísimos**... ¡horror!

Si al escribir, el letrado
disparata grandemente,
¿qué diremos de la gente
que poco se ha cultivado?
pues que es tan infortunado
su hablar de cada día,
que helado se quedaría
un autor del siglo de oro
al ver trocado el tesoro
de su idioma en porquería.

El risible **AUTO TALLER**
es construcción anglicana
que en la hermosa lengua hispana
TALLER DE AUTOS debe ser.
Otro idéntico estropicio
que usan no pocos incautos,
es llamarle **AUTO SERVICIO**
a lo que es **SERVICIO DE AUTOS**.

En septiembre de 1824 comenzó
a regir los destinos del Estado, co-
mo su primer gobernador, el señor
don Miguel Barragán; nacido en el
Valle del Maíz, Provincia de San
Luis Potosí, en los últimos años del
siglo XVIII, y que había sido uno
de los que tuvieron la fortuna de
formar parte del ejército que se lla-
mó Trigarante, y que entró a la ca-
pital del Virreinato el 27 de sep-
tiembre de 1821, cuando el país fué
emancipado a costa de la sangre
de sus hijos.

Difícil ha sido siempre para el
hombre juzgar las acciones de sus
semejantes, acaecidas en tiempos
anteriores, y por esto las generacio-
nes modernas no pueden muchas
veces apreciar los méritos de sus
antecesores ni comprender sus ac-
tos, pero no cabe duda de que nin-
guno de nosotros podrá dejar de
apreciar las virtudes de aquellos
que nos dieran patria y que no va-
cilaron en sacrificar cuanto es que-
rido para la humanidad, como el
bienestar y el reposo, para lograr
un bien del que ellos no habían de
disfrutar, pues la creación de una
nación con los elementos de una co-
lonia, y más de una colonia forma-
da por razas eminentemente espiri-
tuales y ardientes, como la nuestra,
no es tarea realizable en pocos
años, ni puede conseguirse sin pa-
sar por rudas pruebas y terribles vi-
situdes.

México, y el Estado de Veracruz,
necesitaban un genio organizador y
patriota, un hombre que después de

arrojar los últimos representantes
del poder colonial, del suelo sagra-
do de la patria, condujera a sus go-
bernados por la senda del progreso
que en esa época podía conseguir-
se, y que si hoy no nos parecería
tal, en aquellos días se necesitaban
esfuerzos gigantescos para realizar-
lo.

Este hombre, fué para el Estado
de Veracruz, el señor general don
Miguel F. Barragán.

Desde luego comprendió cuáles
eran sus deberes, y a ellos se dedi-
có con la fe de un convencido y el
ardor de un verdadero patriota.

Lo primero era arrojar a los in-
vasores, y a esto se consagró con
toda la pericia de un militar instrui-
do y de un valeroso guerrero:

Veracruz, la ciudad que pronto
iba a recibir el título de **HEROICA**,
sufría día a día los proyectiles es-
pañoles, que destruían sus edificios
y daban muerte a sus defensores:
la marina mexicana casi no existía,
mientras que la proximidad de la
rica colonia española de Cuba era
peligrosa, pues desde ella se envia-
ba constantemente toda clase de
elementos de resistencia a la guar-
nición ibera de Ulúa.

Si únicamente defender la plaza
de Veracruz era casi imposible pa-
ra los mexicanos, ¡júzguese si no
parecería una locura tratar de apo-
derarse de la fortaleza, sobre cuyos
macizos muros flotaba la orgullosa
bandera roja y gualda, y desde
donde partía incesantemente un
fuego destructor...!

Sin desatender un punto las áridas ocupaciones del gobierno civil, y a pesar de los daños que causaba a su salud un clima abrasador, y en aquel tiempo mortífero, organizó Barragán el cerco de la fortaleza.

Con sólo dos barcos viejos y casi inservibles, bloqueó por mar a Ulúa, impidiendo, mediante prodigios de audacia y energía, que llegaran los refuerzos enviados por el Capitán General de Cuba.

Desde las arenosas playas de Mocambo, dirigía las operaciones militares durante el día, y por la noche, robando un descanso que su fatigado cuerpo reclamaba, acordaba con sus empleados los importantes asuntos del Gobierno Civil.

En los días que su permanencia en Veracruz no era absolutamente necesaria, hacía viajes a esta ciudad de Jalapa, en donde radicaban, como siempre, los Poderes del Estado, y por su iniciativa se publicaron notables leyes y reglamentos, teniendo a la vez que combatir y deshacer las intrigas que durante su ausencia del puerto, desarrollaban todavía algunas personas afectas a la dependencia de España.

Su patriotismo, su valor y su pericia, dieron por fin el resultado apetecido; y el 23 de noviembre de 1825, la bandera de la monarquía española fué arriada de las viejas torres del Castillo de San Juan de Ulúa, y enarbolado en su lugar el símbolo de la independencia mexicana: nuestra hermosa bandera tri-

color, siendo por tanto, el general Barragán, quien tuvo la fortuna de arrojar de las playas que pisó Cortés en 1519, a los últimos descendientes del conquistador, que aún detentaban el suelo de la República.

La Legislatura veracruzana expidió entonces este memorable decreto:

"Se manifestará al general Barragán y a la infatigable guarnición que cooperó a la rendición de Ulúa, el aprecio con que se ha visto su constancia y patriotismo.

Al mismo benemérito general, se votará una espada con el Castillo de San Juan de Ulúa en el puño, y en la hoja esta inscripción: EL ESTADO LIBRE DE VERACRUZ AL VENCEDOR DE ULUA, que le será entregada solemnemente por el Presidente del Congreso.

Se concede a la ciudad de Veracruz, el título de HEROICA".

Después de este hecho gloriosísimo, que habría bastado para inmortalizar él sólo a cualquier hombre, el señor Barragán regresó a su querida ciudad de Jalapa, siendo recibido por el Ayuntamiento, con grandes y merecidos honores, disponiéndose que su retrato fuera colocado en el salón de sesiones, con una inscripción que hiciera ver a las generaciones futuras, quién era el que había completado, por decirlo así, la emancipación de México del yugo extranjero.

Libre ya el ilustre patricio de los cuidados que le causaban la gue-

rra contra los españoles, entregóse con la energía que lo caracterizaba, a la administración del Estado. Fué el primero que fijó su atención en las tierras que permanecían sin cultivo, y dictó, a este respecto, disposiciones tendientes a que fueran aprovechadas por la clase campesina, acto que que si ahora no puede extrañarnos, en aquellos primeros tiempos del gobierno republicano de México, era rarísimo.

Trató también de estudiar proyectos de colonización, y fomentó de tal manera la agricultura, el comercio y las nacientes industrias en el Estado, que fué notable el hecho de que, mientras la mayor parte de los Estados de la nación yacían en la más triste decadencia, el de Veracruz, florecía en todos los ramos bajo su acertado y paternal gobierno.

La administración municipal no podía pasar inadvertida para el activo y probo gobernante, y así trató también de sistemar la hacienda de ellos, dictando disposiciones tan acertadas, que aún hoy puede decirse que se hallan en pie, pues las actuales están basadas en los mismos principios.

Desgraciadamente la era de las discordias interiores de México, habían comenzado, y Barragán hubo de sufrir sus primeras consecuencias, pues fué privado del mando militar, quedándose sólo con el político del Estado, pero era tal su popularidad y la armonía que existía entre el gobernador y la legis-

latura, que esto en nada afectó la estima en que se le tenía, ni disminuyó su empeño en promover cuanto mejora le era posible, siendo buena prueba de ello que la propia legislatura dió una localidad del Estado el nombre del ilustre general.

Pero por una de esas vicisitudes tan frecuentes en nuestra historia, el general Barragán probó también la amargura de la prisión y del destierro, siendo doloroso recordar que estuvo privado de su libertad dentro de los mismos muros del castillo que merced a su valor y a su constancia, había sido recobrado para la patria.

Habiéndose afiliado a cierto plan político que él juzgó de buena fe realizable y provechoso, y al que dió apoyo la legislatura del Estado que gobernaba, pero que no tuvo éxito, vióse envuelto en una red de intrigas y de persecuciones, que dieron por resultado que Veracruz perdiera uno de sus gobernantes más probos y progresistas.

Pero el gobierno nacional comprendió la alteza de miras del general Barragán, su buena fe y los servicios prestados a la patria, y pronto fué reintegrado a sus empleos, ya que no en la estimación de sus conciudadanos, pues esta nunca la había perdido y desde Jalisco, a donde fué enviado con el cargo de comandante general, abogó por la unión de todos los mexicanos, cuando ya la guerra civil se enseñoreaba de la República, y pedía unión,

aquella unión que también Bolívar, el libertador de la América del Sur, recomendaba a sus conciudadanos en Santa Marta, desde su lecho de muerte...

Era imposible que un hombre tan íntegro y patriota como el general Barragán, pudiera ver con indiferencia los atentados cometidos por el gobierno de Bustamante y así no vaciló en desaprobar muchos de sus actos, y especialmente los asesinatos que se ejecutaban, y como un último esfuerzo se atrevió a proponer a este gobierno corrompido, la reunión de una junta de personas designadas por los gobernadores de los Estados, con el objeto de procurar una conciliación entre todos los partidos, para lograr la salvación de la patria, reunión que podría haberse efectuado, según decía, en la ciudad de Aguascalientes o en la de León.

¡Tentativas vanas! Tal propuesta fué calificada por el gobierno, de verdadera locura, y la noble idea del general Barragán no tuvo eco...

Parece que la suerte tenía designado al ilustre general para ocupar el puesto más alto de la nación, en los momentos más sombríos y terribles de su historia.

Los rebeldes tejanos trataban ya de separar de México, una de sus más hermosas provincias, dando así los primeros pasos para una contienda inútil y sangrienta que había de costarnos más de la mitad de nuestro territorio, con que iba a

umentar el suyo la poderosa nación del norte.

En medio de un caos de ambiciones, luchas y partidos, ascendió el general Barragán a la presidencia de la República y solamente debido a sus altas dotes de gobernante, a la bondad de su corazón y a su ardiente patriotismo, fué como pudo dar todavía algún tiempo de paz a la República, decretando una amnistía para los desterrados políticos y dictando cuantas disposiciones eran posibles en tan críticas circunstancias.

Pero bien pronto los planes se sucedieron a los planes, las asonadas a las asonadas; en Toluca, en Orizaba y en esta ciudad (Jalapa) se efectuaron motines y pronunciamientos; la carencia de dinero en el tesoro federal era absoluta, y sin embargo, el señor Barragán trató aunque en balde, de retardar, por lo menos, el desastre que se acercaba, cuando la muerte, quizá con mano piadosa, lo arrebató tras de rápida enfermedad, evitándole así la vergüenza y el dolor de ver la bandera de las barras y las estrellas, flotar en el Palacio de los Presidentes de México, en donde fué plantada más que por la mano de los invasores, por nuestras lamentables y eternas discordias intestinas, que hicieron estériles los actos de heroísmo llevados a cabo por tantos mexicanos en la funesta guerra contra los Estados Unidos del Norte.

El día 10. de marzo de 1836, falleció el general don Miguel Barragán, rodeado de su familia, de muchos de sus compañeros de armas y de gran número de amigos que había sabido granjearse, por la nobleza de su corazón, la rectitud de su conducta y su carácter afable y bondadoso.

Para recordar este triste acontecimiento, ocurrido hace un siglo, nos hemos reunido en la misma ciudad donde el general Barragán dió

tantas muestras de sus virtudes como hombre y como gobernante.

Todos los pueblos civilizados consagran ferviente culto a la memoria de sus grandes hombres; justo es ya que nosotros, en la urna sagrada de nuestros corazones, guardemos la memoria de aquellos que, como Barragán, el ilustre jalapeño don Joaquín de Herrera y tantos otros, dejaron en las páginas de la historia de la patria y muy particularmente en la de Jalapa, un sendero de gloria...





Gabriel Cházaro, Lic. Carlos Aguilar Muñoz, Pedro Caffarel Peralta, y Dr. y General Francisco R. Vargas, fundadores del CENTRO VERACRUZANO DE CULTURA.
Marzo 13-1942.



UN HEROE MAXIMO DE LA INTERVENCION AMERICANA
XICOTENCATL

Por el General JUAN MANUEL TORREA

Sobretiro de 50 ejemplares



MEXICO

IMPRESA EL PROGRESO.—MESONES 156

1929